

Misión Baluarte en la región de Murcia

Sobre la lucha contra el enemigo invisible

JORGE MORA RAIMUNDO
Capitán del Ejército del Aire

La misión principal de las Fuerzas Armadas es la defensa de España, su soberanía, su independencia e integridad territorial. Pero en situaciones extraordinarias, el Ejército nunca se ha puesto de perfil y ha participado en beneficio de la sociedad en labores de todo tipo. Un ejemplo es la misión Baluarte en la lucha contra la COVID-19.

Mi suegro es una persona a la que le encanta hablar y contar historias. Fue profesor de francés en secundaria y además padre de diez hijos, por lo que no es de extrañar que tenga en su haber un buen arsenal de ellas. A mí, personalmente, me encanta ir a ver a mi familia política y charlar un largo rato con mi suegro.

He conocido a pocas personas que vivan tan intensamente todo, incluidos los partidos de fútbol del Real Madrid, equipo del que es ferviente seguidor. Si alguien le preguntase sobre los recuerdos que guarda de las riadas de San Javier en noviembre de 1987, seguramente contará cómo la víspera de su cumpleaños, al poco de acostarse

gozoso saboreando la victoria del Real Madrid contra el Oporto tuvieron que sacarles de la casa de su vecino por la terraza (su casa tuvo que abandonarla cuando el agua les llegaba por la cadera), cómo tuvieron que hacer malabares para organizar a los cinco niños que tenían por aquel entonces (la pequeña apenas contaba con dos meses de vida), todos los recuerdos que se llevó el «agua marrón» (como acertaron a denominar sus hijos) a su paso por la vivienda o cómo pudieron salvar algunos álbumes fotográficos que son testigos también de las riadas, ya que las fotografías aún guardan la textura y el olor característicos de la humedad que hace inolvidable la vivencia.

Pero si mantienen la conversación el tiempo suficiente (les adelanto que no es complicado), inmediatamente después contará que el vecino que les ayudó a salir de su vivienda y los acogió en su casa era un oficial del Ejército del Aire, los que les rescataron utilizando como rampa la escalera de un camión de bomberos no eran otros que el personal de la Sección de Contra Incendios de la Academia General del Aire, quienes a toda prisa les llevaron a un lugar seguro y continuaron sacando gente de sus casas, en las que ya no quedaba nada. Mi suegro se sigue estremeciendo cada vez que oye llover, y revive momento a momento todo lo ocurrido aquel fatídico 4 de noviembre.



Inundaciones en San Javier



Ilustración: Santiago Alfonso Ibarreta Ruiz

Aquella noche de agua marrón es solo uno de los múltiples ejemplos de las misiones de apoyo directo a la sociedad que realizan las Fuerzas Armadas. Otras más recientes y que muchos podrán recordar son las que se llevaron a cabo en los terremotos de Lorca, donde estuvo presente el Escuadrón de Zapadores Paracaidista, la recogida del chapapote en las costas gallegas allá por 2002 o, las inundaciones de 2019 en Los Alcázares, donde en la base aérea de

Alcantarilla se vació la plataforma de aviones en tiempo récord para dejar sitio a todos los medios aéreos que emplearon la Unidad Militar de Emergencias, la Guardia Civil, el 112 y la Policía Nacional para controlar la evolución de los daños y coordinar los rescates. Un gran ejemplo de cómo la unión hace la fuerza, sumando los esfuerzos de todas las unidades de las Fuerzas Armadas y las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado en la Región de Murcia.

Y es que, cuando imaginamos a un militar, solemos asociar la imagen a la de una persona uniformada con un traje boscoso y un fusil al brazo, con la capacitación física y mental para abatir al enemigo agazapado y mirando a través de una mira telescópica. No les voy a mentir, la misión principal de las Fuerzas Armadas es la defensa de España, su soberanía, su independencia y su integridad territorial, para lo cual hace falta tener esas capacitaciones. Pero en situaciones extraordinarias, el Ejército nunca se ha puesto de perfil.

Hasta hace pocos días, en la Región de Murcia, efectivos de las Fuerzas Armadas habían cambiado esos fusiles por ordenadores de sobremesa, las miras telescópicas por teléfonos fijos y el uniforme boscoso por la camisa de manga corta y una mascarilla. La razón es sencilla, en esta ocasión el enemigo era (y sigue siendo) invisible.

Seguir la trazabilidad del virus, que ha llevado de cabeza a los gobiernos de todo el mundo, no ha sido tarea sencilla. Dar recomendaciones higiénicas, explicar protocolos a confirmados y posibles contagiados o localizar a sus contactos estrechos son solo alguna de las tareas que han



Las FAS en el Prestige



EZAPAC durante la DANA 2019

llevado a cabo los rastreadores militares, durante año y medio, trabajando codo con codo con la Consejería de Salud de la Región de Murcia. La conocida como Misión Baluarte, de lucha contra la expansión de la pandemia generada por la COVID-19, es el ejemplo más reciente de operación de Apoyo a la Acción del Estado.

Para esta misión, los militares han ejercido su labor conjuntamente con los rastreadores civiles. Se han formado y mantenido actualizados en todo lo que atañe a la enfermedad, a las bases médicas de la pandemia, la explicación de los protocolos, la concienciación de las medidas higiénicas, recomendaciones... recibiendo una formación online de dos semanas en el campus virtual del Ministerio de Defensa.

Además, realizaron distintas prácticas supervisadas por rastreadores de la Consejería de Salud de la Región de Murcia, monitorizando los distintos pasos, explicando el funcionamiento de los programas con los que trabajan, atendiendo sus primeras llamadas reales.

Los rastreadores han atendido decenas de llamadas diarias, y en cada una de ellas, al otro lado de la línea se encontraba una persona que probablemente desconocía los pasos a seguir una vez había contraído la enfermedad, que se sentía agobiada al no acordarse correctamente de todas las personas con las que había tenido relación en las últimas 48 horas, que no sabía si podía o no hacer la compra o tirar la basura...

Antes de la pandemia podíamos encontrar a la cabo Esteban impartiendo clases de paracaidismo, al cabo Guerrero practicando con la banda de música o al cabo primero Rubio embebido en una misión paracaidista, pero ellos y otros casi cien militares del Ejército del Aire dieron un paso al frente y pusieron en pausa sus quehaceres diarios para poner su granito de arena en la lucha sin cuartel contra el virus.

Hace tan solo unos días, poco antes de la desactivación de la Sección de Vigilancia Epidemiológica del Ejército del Aire en la región de Murcia, la cabo Ródenas llamó a mi casa. En esos momentos ejercía como jefe del equipo de rastreadores de la Sede Alcantarilla. Mi mujer descolgó el teléfono; la noticia la conocíamos, test de antígenos positivo. Al estar vacunado sin síntomas y habiéndome realizado otro test en el que di como resultado negativo, me encontraba en mi puesto de trabajo lejos de casa. Durante la llamada, entre otras preguntas que le realizaron a mi mujer, quisieron conocer sus contactos estrechos. Entre la locura de mis tres hijos pululando por la casa (ellos no se libraron del encierro por ser aún pequeños y no tener la pauta de vacunación completa) y la locura transitoria que produce el estar encerrados, fue un proceso ligeramente jocosos, pero eventualmente la cabo logró relacionar a mi mujer conmigo, y se dio cuenta de que hablaba con la mujer de su jefe.

En pocos minutos recibí la llamada de mi mujer y la visita al despacho de la cabo. La primera me dijo que estaba alucinada con el trato que había recibido por parte de la segunda, y que se sentía orgullosa de lo bien que se estaban haciendo las cosas. La segunda, muy prudente, solo me dijo que mi mujer se había mostrado muy colaborativa y se alegró de la coincidencia.

En la gran mayoría de los casos las llamadas son como la de mi mujer. Las personas se muestran colaborativas, se prestan a ceder los datos que les requieren los profesionales



Cabo María Esteban pasando revista antes de un salto paracaidista



Sala de rastreadores

y hablan de buenas maneras, sin importar cuántas preguntas les hagan ni las medidas protocolarias que les indican. Pero existen casos donde los modales del interlocutor escasean y la colaboración tiende a ser nula, y no es de extrañar que un importante sector de la población esté ya cansado de la pandemia y lo pague con la persona que, siguiendo las pautas que recibe y realizando su labor de la mejor manera posible, se encuentra al otro lado del teléfono dando las «malas noticias». Los rastreadores están entrenados para mantener la calma, mostrar empatía, ponerse en la situación de la otra persona y actuar en su labor con diligencia, pero con tacto.

Para ayudar a los rastreadores en esa dura misión, descargar el estrés que puedan producir las frustrantes llamadas explicadas anteriormente y asesorar en los casos extremos sobre la manera de abordar situaciones, la Unidad de Vigilancia Epidemiológica cuenta con la figura del Gabinete Psicológico, en la persona de la capitán Aida Maese, oficial psicólogo destinada en la Escuela Militar de Paracaidismo. La capitán es la única persona de la Unidad que lleva sirviendo desde

el primer día que se creó la misma y no ha sido relevada en todo este tiempo, un ejemplo más del compromiso que demuestran los integrantes de las Fuerzas Armadas.

no es de extrañar que un importante sector de la población esté ya cansado de la pandemia y lo pague con la persona que, siguiendo las pautas que recibe y realizando su labor de la mejor manera posible, se encuentra al otro lado del teléfono

Precisamente el emplazamiento militar en el que se encuentra la capitán destinada, la Base Aérea de Alcantarilla, sede de la Escuela Militar de Paracaidismo y el Escuadrón de Zapadores Paracaidistas, fue designado como Centro de Coordinación de la Misión Baluarte en la Región de Murcia.

El liderazgo de esta misión ha recaído durante los últimos meses en los

hombros de la comandante del Ejército del Aire María del Carmen García Ruiz, profesora de vuelo elemental de la Academia General del Aire, jefa del Órgano Auxiliar de Dirección y durante los últimos momentos de la misión, jefe de la Unidad de Vigilancia Epidemiológica número 8. Anteriormente el jefe fue el comandante Juan Francisco Ortuño, quien estuvo al frente durante prácticamente toda la misión.

Bajo su mando se han encontrado tres secciones de vigilancia, pertenecientes al Ejército del Aire (que opera desde dos sedes, una en la base aérea de San Javier y otra en la base aérea de Alcantarilla), al Ejército de Tierra (con sede en el Regimiento de Artillería Antiaérea n.º 73 en Tentegorra, Cartagena) y a la Armada (que opera desde el Arsenal Militar de Cartagena).

Durante los 18 meses que ha durado la misión en la región de Murcia, se han logrado cifras astronómicas en lo que a rastreo se refiere. Durante los momentos de máxima necesidad, la unidad contaba hasta con 100 militares operando en los distintos emplazamientos (30 de ellos del Ejército del Aire). No es de extrañar que se hayan alcanzado la nada desdeñable cifra

de 21983 casos confirmados (7944 realizados por la sección del Ejército del Aire), 44110 contactos estrechos detectados (17216 realizados por la sección del Ejército del Aire) o 158003 seguimientos realizados (82200 realizados por la sección del Ejército del Aire). Les ahorro la suma, 224096 acciones realizadas contra la pandemia generada por la COVID-19, de las que aproximadamente la mitad (107360) fueron realizadas íntegramente por personal de las unidades encuadradas en las bases aéreas de Alcantarilla y San Javier. Estos números no son más que el reflejo del buen hacer de todos los implicados, de los que no puedo sentirme más orgulloso.

Recientemente, y gracias a la labor de todos (especialmente al compromiso de toda la sociedad), las cifras epidemiológicas evidencian que ya no somos tan necesarios en esas funciones como lo podíamos ser antes, y el pasado 28 de febrero se realizaron las últimas llamadas de la Misión Baluarte en la región de Murcia. Pero nuestra labor no ha terminado, al menos no por completo. Nuestros efectivos han vuelto a sus quehaceres prepandemia, ya que lo más patente era la necesidad que tenían sus respectivos departamentos de volver a contar con su personal. Alejandro ya toca con la banda, Hurtado tiene otra vez paracaí-



das entre las manos, María ha vuelto a saltar, Jennifer vuelve a pintar aviones y Castilla se prepara a conciencia para el duro Plan de Instrucción del Escuadrón de Zapadores Paracaidistas, pero todos ellos siguen teniendo presente que sus labores pueden volver a ser requerida en cualquier momento.

Sin duda, liderar la Sección de Vigilancia Epidemiológica del Ejército durante aproximadamente seis meses ha sido uno de los retos más bonitos de mi corta carrera en las Fuerzas Armadas. En la Misión Baluarte no hemos llevado barro hasta las rodillas, no nos hemos manchado las manos de petróleo, no hemos apagado incendios ni rescatado gente en la nieve, pero

hemos estado (y seguimos estando) «en pie de guerra» para defender los intereses de la Nación, que como no podía ser de otra manera, se trata de salvaguardar la salud y el bienestar de sus ciudadanos. Estoy seguro de que muchos de los más de 107000 murcianos que atendieron los rastreadores del aire, como mi suegro al oír llover y revivir el «agua marrón», recordará que en los momentos donde más miedo y angustia pasaron durante la pandemia provocada por la COVID-19, al otro lado del teléfono, escuchándole y acompañándole, dando recomendaciones y directrices, se encontraba un integrante de las Fuerzas Armadas, de sus Fuerzas Armadas. ■



Foto de grupo del Servicio de Vigilancia Epidemiológica